

# Te cuento, Managua

**Guillermo Mejía Baltodano**

De ellos escuché los primeros cuentos de terror que nos hacían dormir profundo o bien, no dormir: La Carreta Nagua que vagaba rechinando ruedas y arrastrando cadenas, por las calles de la vieja Managua; el Cadejo, éste era un perro negro que seguía a las personas por la noche, sobre todo a las que andaban en malos asuntos; la Cegüa era una mujer que salía, igualmente por las noches, llorando y llevándose los animales de granja, que habían en los patios de la capital; del Padre Sin Cabeza, que caminaba con su sotana negra y capucha, pero que cuando uno se le acercaba no tenía, rostro, el hueco de la capucha estaba vacío, sin cabeza.

En los años cincuenta y sesenta, Managua iniciaba el proceso de modernización, pero en ella se quedaban mitos, leyendas y tradiciones, que aunque la ciudad creciera, estos cuentos o historias permanecían de generación en generación, en las personas de la capital.

Muchas iglesias, cementerios, lagunas y sitios con recuerdos, quedaban en la capital, como locaciones de las más emocionantes leyendas y para recrear las más terroríficas escenas de cuentos de miedo o de misterios que nunca pudieron desentrañarse. La respuesta de algunos padres a preguntas difíciles de contestar de los hijos, tenían respuestas ingenuas o sobrenaturales de cualquier situación producida por la naturaleza, por ejemplo: “*Papá: ¿por qué en la noche cuando salgo al patio a orinar; se oyen sonidos como que alguien me llamara o llamara mi atención con silbidos o siseos?*”. El padre que no tenía la respuesta adecuada o bien, que no quería entrar

en detalles contestaba: “Esos son los duendes del monte que juegan por la noche a asustar a los niños que no están dormidos”. Esto trascendía tanto en la mente infantil, que luego se transformaba en un escenario mental increíble, lleno de animales raros, personajes de cuentos de miedo y cualquier otro producto de la imaginación ingenua y sencilla de la gente de esos tiempos.

Todas las leyendas que se contaban en esa época, tenían un mensaje generalizado: era el de portarse bien, el de andar en el camino correcto, porque si no, tendría el susto de su vida al vivir la experiencia de ser espantado por uno de estos personajes.

Decían quienes nos contaban cuentos, los que casi siempre eran de miedo o misterios, que quienes tenían encuentros cercanos con ánimas en pena, veían espantos, oían voces de muertos, ruidos extraños o cualquier otro tipo de sustos o apariciones; pasaban días en estado de aflicción, unos con diarreas insostenibles, otros a quienes se les cerraba el estómago, había casos a los que se tenía que purgar, para que después del efecto purgativo, se le ordenaran todas las tripas que del susto se le habían contraído.

En fin, quienes recibían tremendo espanto, después del percance, empezaban a contar lo sucedido, o bien, los familiares les hacían contar la versión de lo que había sucedido. Estos, sin mucho esfuerzo, empezaban a contar como fue que sucedieron los hechos, obviamente la mayoría, exagerando, para que fuera lo que fuera, aparecieran ellos, como hombres o mujeres valientes que se habían enfrentado a algo sobre natural, minimizando que pudiera haber sido



*Iglesia de San Antonio*

algo producto de su imaginación, o un susto originado por algún fenómeno natural que hizo que su estado nervioso, o en el caso de los hombres, por su estado etílico, los había hecho pensar que fue algo sobrenatural lo que les había asustado.

Quisiera en esta narración contar algunas de las leyendas, mitos y tradiciones que escuché en mi infancia y juventud, venidas de un pueblo ingenuo y de creencias mágicas, donde la población se deleitaba contando o inventando historias de personajes fallecidos, de seres irreales y otros, para que sirvieran de lecciones a quienes anduvieran por malos caminos.

Expresiones como: “*Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal*”, para pedir protección divina, contra los espíritus o las fuerzas de la naturaleza que mostraba su poder. “*Qué fuerte que viene, más fuerte es mi Dios, las Tres Divinas Personas me libren de vos*”. Esta aclamación al Altísimo era para ahuyentar a los malos espíritus que venían a asustar a los humanos. Así se clamaba a Dios para sentirse protegido de las ánimas del purgatorio que todavía no tenían derecho al

cielo y que clamaban por sus penas.

Otra costumbre de nuestro pueblo era achacar los embates de la naturaleza al Ser Superior, todo era Castigo Divino: las sequías, los vendavales, los temblores y terremotos, las mismas erupciones volcánicas y todo lo que tuviera que ver con fenómenos naturales.

**Fray Ramón de Villafranca**

En la nave central de la Iglesia de San Antonio, muy cerca del altar mayor, se encontraba la lápida del sacerdote español de la orden de frailes capuchinos, Fray Ramón de Villafranca, que había vivido muchos años en Nicaragua y que falleció en la misma iglesia, donde además, por decisión de los superiores de la Orden Franciscana, debía enterrarse en la iglesia donde Fray Ramón había realizado su misión franciscana.

El hecho de que el cadáver del santo sacerdote estuviera enterrado en la misma iglesia, dio pie a una leyenda. Los mismos feligreses empezaron a decir que Fray Ramón, salía por las noches a rondar la inmensa nave central de la Basílica Menor de San Antonio, y recorría todas y cada una de las capillas de la iglesia, los vecinos del templo, contaban que por las noches veían una silueta de un capuchino, paseando por los pasillos interiores de la iglesia y que al llegar la mañana desaparecía.

Esto no sucedía todos los días, sino cuando las calles de los alrededores estaban desoladas y desérticas. Por eso fueron pocos los que vieron la silueta rondando y de la que suponían se trataba del alma del sacerdote capuchino

## TE CUENTO,...

*Página 2*

que en sus últimos años los dedicó a San Antonio. Los sacerdotes capuchinos nunca aceptaron o negaron el hecho, simplemente lo ignoraron.

La leyenda del padre capuchino, fue desapareciendo en la medida que las casas vecinas a la iglesia se convirtieron en negocios, y en el pasar de los tiempos cuando las personas mayores fueron muriendo y los jóvenes no daban mucha importancia o crédito a lo señalado por lo que dicen que vieron deambular a Fray Ramón por los corrillos del templo central de la Iglesia de San Antonio en la Managua de los años cincuenta.

Hace poco me encontré con Francisco Pupiro, sacristán de la Iglesia de San Antonio en esa época, y en la conversación me contó algo, que a pocos les ha narrado; *“en uno de esos días de celebraciones especiales en la iglesia, me tocó abrir las puertas del templo y tocar las campanas. Ese día me desperté a las 04:00 a.m. y después de asearme tomé las llaves de la iglesia y me dispuse a hacer mis quehaceres, pasé por las habitaciones de los sacerdotes, crucé el pasillo que llevaba a la sacristía y al altar mayor.*